

Leyenda negra, leyenda blanca

Discurrimos en estas notas sobre el proceso histórico que va desde el descubrimiento americano hasta la emancipación de las antiguas colonias. Este proceso, tratado algunas veces desde actitudes apasionadas, se ha materializado, por ello, en versiones encontradas, desde el catastrofismo o desde el triunfalismo. En el análisis de esas versiones, estimuladas ahora por el V Centenario y tan presentes en los medios de comunicación, incluimos referencias de variadas procedencias como corresponde a una temática que ha pasado a ser bastante tópica o común.

José A. Alvarez Osés *

Memoria persistente de la leyenda

NO deberíamos hablar a estas alturas de la *leyenda negra* ni de la *blanca* porque es asunto que también ahora mismo cumple quinientos años y, al rodar todo ese tiempo se ha situado

* Catedrático de Instituto. Madrid.

irremediabilmente en el reino de los tópicos. Tras una dialéctica tan prolongada pocas novedades cabe añadir y, así, corremos el riesgo de pasar otros quinientos años más montados inútilmente en los mismos esquemas, porque las leyendas son más propias de los libros de cuentos que de la historia. Tenemos también el convencimiento de que estas leyendas son como un velo que oculta otras dialécticas más apremiantes, otras urgencias nacidas al día de hoy. Por eso, seguramente, la resistencia y el cansancio que se advierte. Al final, tenemos la impresión de que este debate empobrece mucho, tanto al que lo practica como a quien lo recibe.

Es éste un debate bastante insólito por aquello de que se fundamenta en la memoria persistente de un proceso nacido hace cinco siglos y prácticamente cerrado hace otros dos, de modo que viene tocado de un cierto anacronismo y, sobre todo, ya resulta bastante irreversible. ¿Podríamos, por lo mismo, debatir apasionadamente sobre el desembarco de los Escipión en el siglo III antes de Cristo, sobre la conquista y romanización de la Península?, ¿podríamos sobre la invasión de los bárbaros o las conquistas alejandrinas?

Es claro que esta tensión había bajado mucho su tono en los últimos tiempos. Al final de los años sesenta, la misma expresión *leyenda negra* resultaba algo sonrojante y, por ello, fue mayoritariamente desterrada de los manuales de la historia. Pero también es claro que, al conjuro de la celebración del V Centenario, tenemos otra vez la leyenda entre nosotros: por todas las esquinas los mismos tópicos, la misma pasión. Ahora bien, creemos que este retorno está afectado por algunos matices que lo distinguen; matices, decimos, del siguiente tenor:

a) El núcleo de la crítica radical sobre la obra española en América ha pasado, en gran medida, a manos de españoles.

b) Esos autores españoles son mayoritariamente publicistas, polígrafos a la violeta, ajenos a las reglas del oficio del historiador.

c) La *leyenda blanca*, la versión autocomplaciente en la línea de un conocido texto de López de Gómara, acrítica y exultante, apenas se deja ver ahora y con ello hemos ganado mucho.

d) La *leyenda negra*, también acrítica y radical, ha derivado, muy frecuentemente, en nigérrima de forma que resulta complicado reconocerle algún antecedente. Con lo que perdemos muy mucho.

Por todo ello, aunque sea venciendo aquellas circunstancias que hemos indicado, quizás no sea ociosa una nueva reflexión sobre esa dialéctica de las leyendas.

Es sabido que la leyenda en cuestión tiene una versión europea y otra americana. Nos ocupamos de la segunda por obvias razones de actualidad. Tiene igualmente dos caras, como ya se dijo; la *leyenda negra*, que es la visión catastrofista de la acción española, ha sido tradicionalmente sostenida por extranjeros —Bry, Benzoni, Neruda—, aunque, paradójicamente, tuvo su primer impulsor en el dominico sevillano Bartolomé de las Casas; la *leyenda blanca*, es decir la visión triunfalista de esos mismos hechos, procede principalmente de escritores españoles y, aunque historiográficamente poco elaborada, tiene algunos de sus puntos de apoyo en el propio Gómara, Saavedra Fajardo, Rómulo Carbia, Menéndez Pelayo o Menéndez Pidal.

Como tema polémico, cuanto en él se toca resulta discutible y susceptible de aplicar distintas varas de medir, pero hay aspectos que, en el ámbito académico, la investigación histórica ha llevado al terreno de las *fuentes verificables*, sacándolos del *pensamiento tópico* y contribuyendo con ello a dotar al debate del debido rigor. Este sería el caso del genocidio indígena, siempre adjudicado a las armas del conquistador y en el que hay que añadir factores como los cambios de vida, la impulsión al trabajo o el intercambio de endemias que, aunque no minimizan la catástrofe, permiten distinguir sobre su grado de crueldad.

La paternidad de la *leyenda negra* o, si se quiere, el fundamento de su origen en Las Casas y, especialmente, en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, también es materia polémica, por más que resulta complicado encontrar una denuncia anterior a ésta y, por otra parte, un texto más unidimensional, ya que aquí al sujeto de la denuncia —es decir, *los españoles*, a quienes a veces hace sinónimos de *los cristianos* o de *los malos cristianos*— no se le aprecia otra actitud que no sea basada en la crueldad, en la sordidez. En esta línea, autores como Hanke, Giménez Fernández, Carro o Pérez de Tudela, han reivindicado la figura de Las Casas sacándola de responsabilidad en la leyenda, lo que no deja de ser un ejercicio bien delicado ante textos como éste:

«En estas ovejas mansas, y de las calidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotadas, entraron los españoles, desde luego que las conocieron, como lobos e tigres y leones cruellísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta parte, hasta hoy, e hoy en este día lo hacen, sino despedazallas, matallas, angustiallas, afligillas, atormentallas y

destruillas por las estrañas y nuevas e varias e nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas maneras de crueldad...» (*Brevísima*, 3).

Este texto lascasiano, como otros suyos, pareció pronto a ciertos observadores que repartía con descaro siempre las ovejas y los lobos en la misma dirección y, por eso, tempranamente encendió la polémica, que ya era considerable en el siglo XVII en juristas como León Pinelo y Solórzano Pereira, en el historiador Antonio de Solís, amén de algunos serios toques en Francisco de Quevedo o en el ya citado Saavedra Fajardo:

«La emulación... divulgó un libro supuesto de los malos tratamientos de los indios, con nombre del obispo de Chiapa..., por acreditar más la mentira... Ingeniosa y nociva traza, aguda malicia que en los ánimos sencillos obró malos efectos, aunque los prudentes conocieron luego el engaño, desmentido con el celo de la religión y justicia que en todas partes muestra la nación española, no siendo desigual a sí misma en las Indias» (*Empresas*, XII).

Por otro lado, siguiendo el proceso de la historiografía extranjera hasta la víspera de nuestro tiempo, resulta bastante incuestionable que Las Casas ha sido tomado como fuente principal y fundamento de juicio de la acción española en América, de toda la acción y no solamente de los inicios de la misma. Se puede entrar en autores como Montesquieu, Raynal, Schiller, en Michelet, Buckle, Draper, Spengler. Se puede entrar, decimos, y se sacan las manos llenas de referencias y siempre se encuentra el mismo cuadro de horrores apoyado en el dominico; excepcionalmente, en este ejercicio nos llega algún breve respiro, un leve asomo crítico:

«El obispo de Chiapas extremaba también a veces sus reproches contra sus compatriotas.»

«No sabe uno si resolverse por admirar el terco valor de quienes descubrieron y conquistaron tantas tierras, o por detestar su ferocidad; una misma fuente, la avaricia, produjo tanto bien y tanto mal» (Voltaire: *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, CXLVIII).

En el año 1914, Julián Juderías publicó un libro en el que bautizó a toda esa corriente crítica sobre el pasado español como *leyenda negra*, expresión ésta que fue rápidamente incorporada en multitud de escritos; antes de 1930 ya la tenemos documentada en algunos notables manuales

de historia —Yela, Ballester—. Desde entonces, ha pasado al uso común y coloquial.

El período comprendido entre 1939 —final de la guerra civil— y 1953 —año en el que se instituye una materia docente como la Formación del Espíritu Nacional, que liberó a la historia de su carga de adoctrinamiento; año también del final de la postguerra en sentido lato—, es el período áureo de la *leyenda blanca* que tanto cuadra con la retórica imperial del primer franquismo. Faltan estudios globales y rigurosos que analicen debidamente esa corriente —la historiografía, la prensa, los discursos, las efemérides como el *día de la raza*, entre otros—, pero todo ello únicamente para poder matizar, cuantificar, delimitar una evidencia: la empresa americana se presentaba muy principalmente como una sucesión de episodios grandiosos.

Los manuales de historia publicados en esta época fueron muy pródigos en datos y lecciones sobre la historia americana, especialmente una materia impartida monográficamente en esa línea apuntada y en sexto curso de bachillerato llamada *Historia del Imperio español*. En estos libros puede encontrarse algún denominador común al efecto como los siguientes:

- La referencia a la *leyenda negra* es prácticamente general en estos años, así como su rechazo.

- Las Casas aparece sistemáticamente vinculado a los orígenes de esa leyenda, si bien casi todos los autores subrayan su intención caritativa en favor de la población india.

- Los aspectos más comprometidos de la política indiana —la *mita* y el *cuatequil*, las encomiendas, la caída demográfica...— no se soslayan pero se tratan desde la óptica del conquistador/colonizador.

- Ante el arsenal de datos y conocimientos ofrecidos por los textos, el bachiller de 1952 podía afinar, aunque a su modo, sobre figuras como Alvaro de Mendaña, Isabel de Barreto, Francisco Orellana o el obispo Zumárraga.

Lo que resta de este proceso hasta nuestros días ya queda sucintamente dicho más arriba. En la idea de superar una polémica estéril, en los medios académicos se abrió paso una corriente historiográfica en la que apenas se intercalaban los juicios de valor, en la que se primaba el análisis económico de la colonia o se subrayaba el divorcio entre la ley y la realidad americana con respecto a la política indiana; Las Casas permaneció en el centro de este panorama como referencia imprescindible, pero ahora bastante aislado del marco de la correspondiente leyenda. Este era, a

grandes rasgos y a nuestro juicio, el escenario de la temática que nos ocupa durante los años setenta; lo demás nos lleva a la víspera de nuestros días y ya se ha indicado cómo, con la primera mención del V Centenario, algunas aguas volvieron al cauce donde solían y, nuevamente, todos fuimos tocados por la misma esterilidad, por la polémica incesante.

El escándalo formado para la ocasión debe escucharse bastante lejos, porque ¿a qué si no el hispanista John Elliot se siente llamado a tranquilizarnos aludiendo también a la existencia de una leyenda negra británica?, ¿a qué si no el peruano Vargas Llosa dice encontrar «entre los propios españoles algunas de las voces más iracundas para decir que no hay nada que celebrar en aquella empresa imperialista y de rapiña»? de manera que tiene la impresión de que nuestro país «está lastrado por una recóndita mala conciencia».

Al final de tan largo proceso podemos expresar nuestro convencimiento de que el tema de la *leyenda negra* hace tiempo que dejó de ser materia estrictamente histórica, que está firmemente instalado en el pensamiento vulgar o tópico y desde allí se administra para distintos usos; por eso resiste en tantas ocasiones los postulados de la investigación:

«Los resultados de la investigación histórica contemporánea han echado por tierra muchos de los tópicos difundidos por semejante actitud. Esos mismos estudios han contribuido a desentrañar las verdaderas causas que motivaron su aparición y desarrollo posterior. Lo realmente significativo de nuestro tiempo es que, pese a los avances del análisis histórico, el problema de fondo subsiste. Más bien, asistimos a un hecho cultural animado por determinados sectores interesados en que esa imagen de España no desaparezca. Ya no es tanto una cuestión que afecte al estudio de los hechos pasados, sino una actitud frente a tales hechos de pura y simple negatividad» (M. Molina Martínez: *La leyenda negra*. Ed. Nerea, 1991, pág. 14).

La actitud legendarista

COMO en todo juego dialéctico, tras la confrontación tesis-antítesis, debería surgir con cierta fluidez la postura de síntesis sobre el tema americano. Es decir, deberíamos para estas fechas

ser capaces de asumir que la empresa americana estuvo hecha de grandeza y servidumbre a un tiempo, de rapiña y de heroísmo, de luces y sombras. Me parece que esta actitud es muy frecuente en esta hora en los medios académicos, en el entorno de la historiografía tanto española como extranjera. Pero otra cosa bien distinta puede verse en el mundo de la publicística, donde todavía circula impunemente la actitud legendarista —la del negro y la del blanco— sin concesiones. Entre hagiógrafos de la conquista y profesionales del escándalo y el exabrupto, han vuelto a poblar la casa de sofismas indigeribles. Frente a ello, vale la pena reparar en que, cuando alguien se refiere a la masacre y explotación del indio americano, no necesariamente es un fabricante de *leyenda negra*; que cuando a la lengua castellana, la imprenta o las universidades allí establecidas, tampoco es inequívocamente un fanático de la *leyenda blanca*.

Algunas reglas del juego

EN el análisis del descubrimiento, conquista y colonización del continente americano se advierte muy corrientemente la carencia de algunas reglas de juego que disciplinen en cierto modo la intervención de tantos interlocutores espontáneos. Si se permite la ligereza, diría que esta circunstancia, además de suscitar continuamente la confusión en torno a un asunto trascendente, enmascara muchas veces actitudes, situaciones e intereses poco presentables. En todo caso, el espectador está bastante desarmado ante el cúmulo de mensajes cruzados que diariamente se le brindan; mensajes que van desde instancias como la del episcopado brasileño hasta la Comisión Contra el V Centenario, desde los Amigos de la UNESCO hasta la obra teatral de Darío Fo. Por todo eso proponemos estas reglas de juego.

— Valoración de nuestra autocrítica

Un país como España que ha ejercido la más feroz autocrítica de cuantas se conocen sobre su historia, merece, al menos, la concesión de algún matiz en los *juicios globales* que tanto se prodigan. Las excepciones a esa afirmación, que hay, sólo son excepciones.

No nos vamos a referir nuevamente a Las Casas, que es un dato tan relevante como conocido. Un poeta barroco recogía esa profunda vibración autocrítica en aquel verso tremendo: «... y si habla mal de España, es

español». Repátese en nuestra literatura, desde el Renacimiento hasta la Ilustración, en la polémica encendida sobre «el problema de España», en los entristecidos regeneracionistas, en el 98...

La autocrítica es actitud bien honrosa, aunque no cabe confundirla con cierta complacencia en el propio dolor, con el masoquismo.

— **Muchos estados conquistadores/colonizadores carecen de autocrítica...**

... luego carecen de altura moral para acusar tan persistentemente en la misma dirección. Por ahí puede encontrarse también algún alivio en esta inacabable dialéctica. Eso está en Sócrates, aunque también aparece raramente alguna vez en el periodismo de nuestros días:

«¿Por qué no se cambia el nombre de la isla en la que los españoles pusieron por vez primera el pie, después de que toda la noche oyeron pasar pájaros? La playa era la de Guanahaní, hoy conocida como Watling, nombre de un corsario inglés». Y, más adelante, «los españoles no fuimos los únicos villanos de la película de indios» (Raúl del Pozo).

— **Hay que plantear el análisis comparativo con otros países colonizadores**

Es un poco más de lo mismo, pero parece lícito reclamar el contexto general de los colonizadores —en Australia, en Africa, en Extremo Oriente— para apreciar qué lugar ocupa cada sujeto; reclamar ese cuadro global para que, así, se valore mejor cuántas otras heridas se han ido añadiendo a la herida que lleva en sí misma cualquier colonización.

Entre tanto, conviene huir como de la peste de ciertos esperpentos. Porque, por poner un ejemplo, es bastante esperpéntico el que, mientras los indios de las praderas de Norteamérica fueron literalmente arrasados, en las universidades de Estados Unidos no se han dado reposo en tejer cuantiosas finuras eruditas sobre crueldades en la América española —Gibson, Herring, Hanke, Keen...— en tanto que, por añadidura y sin pudor alguno, vendían al mundo entero la *conquista del Oeste* como epopeya gloriosa.

— **La fijación en la sordidez no es de recibo, ni tampoco la autocomplacencia**

Es éste un punto de partida básico si lo que se pretende es construir un discurso que no esté tocado por el espíritu de cualquier leyenda.

Obsérvese qué peculiar idea sobre la colonización ha circulado en algunos textos españoles:

«Si se entiende por colonizar fundirse con otro pueblo, darle todo lo que se tiene, bueno y malo, hacerlo su igual, traspasarle su órgano de expresión, su corazón y su cerebro, eso sólo lo hizo en la antigüedad Roma, y en lo moderno, con más espíritu y mayor generosidad, España» (Jaén Morente: *Nociones de historia de América*, 1929, pág. 310).

Pero obsérvese igualmente el largo camino que en esa línea tienen por delante algunos movimientos:

«1. Rechazar la dominación humana de Occidente que desde la invasión europea de 1492, sólo ha practicado el robo y la traición, ha sembrado la pobreza, el hambre, la muerte y amén de otros males, entre nuestros pueblos» (Resolución del I Congreso de Movimientos Indios de Suramérica. Cuzco, 1980).

— España no estuvo en América 500 años

Este es un dato del dominio común que, no obstante, se olvida corrientemente en este año tan generoso en testimonios en torno a 1492.

¿Vale la pena recordar que, salvo los casos de Cuba y Puerto Rico, la presencia colonial de España en América duró poco más de tres siglos? O dicho de otro modo, la inmensa mayoría de los actuales estados hispano-americanos se hicieron independientes hace casi doscientos años. Por eso no es correcto el solapar los famosos 500 años con la deuda externa americana, su pobreza y atraso actual con la colonización, ésta con «el reino de España» y su «capitalismo depredador», la «democracia real» con los «500 años de resistencia» y así sucesivamente. No es correcto (porque eso nos lleva a confundir las témporas con cierto lado innoble de nuestra naturaleza) sobre todo, porque es un argumento impresentable. Pues véase cómo todo eso y más aparece, entre otros sitios, en la campaña *500 años de agresión, 500 años de resistencia, por la emancipación de los pueblos*; campaña a la que, desde un Club de Amigos de la UNESCO, me invita hoy la Comisión Contra el V Centenario.

De esa factura de atraso, pesadumbre y miseria en la América actual, algo tienen que saber también las sociedades y gobiernos que alcanzaron su soberanía a principios del siglo XIX.

— La denuncia del criollo tómesese con reservas

El criollo es el fautor de la historia americana desde su descubrimiento y conquista hasta hoy, fue el brazo largo de la Corona española al otro lado de la mar oceánica; el criollo dirigió la colonia, montó la guerra de la emancipación y, sólo con alguna excepción como la de Benito Juárez, ha gobernado hasta hoy la América soberana. La grandeza de todo este episodio le toca, pues, muy directamente, lo mismo que su miseria.

Puestas así las cosas, iqué difícil resulta aceptar la denuncia actual del criollo! Porque, aunque *español* y *criollo* son bastante de la misma sustancia para el caso, la denuncia criolla casi siempre se sacude todo el polvo a cuenta del español, a sus expensas; se sale y se descoloca, lamentando como víctima lo que acaso le tocara como verdugo:

«Cortés no tiene pueblo, es rayo frío...
Pizarro, el cerdo cruel de Extremadura...
Valdivia, el capitán intruso
cortó mi tierra con la espada...»
(P. Neruda: *Canto general*).

El lamento del indio y su denuncia, casi siempre atravesada por la nostalgia del paraíso perdido, se puede escuchar estremecido por lo que tiene de auténtico. Pero no ocurre lo mismo con el criollo, en quien se advierte pronto la trampa que tanto incomoda; itodavía si hablaran en primera persona del plural...!

«Olvidan que el castellano se impuso a costa de la supresión obligatoria de cientos de lenguas locales y que lo mismo sucedió con el culto de importación, que acabó siendo el dominante gracias a recursos tan humanitarios como la tortura y el asesinato»
(*El Financiero*, Méjico, 11-II-1992).

Puede añadirse, sin duda, otros presupuestos o «reglas» a las que hasta aquí hemos intercalado, pero entendemos que, con que se cumplieran éstas, habríamos introducido una alta dosis de racionalidad en tan larga discusión, es decir, justamente el factor que tantas veces encontramos como gran ausente en este asunto. De todos modos, incluiremos algún nuevo comentario sobre ciertas situaciones en las que tantas veces nos encontramos ante estos temas. Son más genéricos que las notas anteriores pero, ilustrados con ejemplos tomados al efecto, entendemos que sirven igualmente como aviso en esta andadura.

La *visión de futuro* parece una actitud altamente recomendable, especialmente dentro del ámbito de los países hispanoamericanos. En este espacio político hay mucho escrito sobre el pasado, hay también demasiadas interpretaciones de otras interpretaciones, demasiado fuego para echar más leña inútilmente. Al final, la existencia incuestionable de una comunidad cultural entre España y sus antiguas colonias es el hecho que tenemos en nuestras manos y, en consecuencia, el horizonte de todas las dialécticas de buena voluntad.

La *exigencia de un poco de rigor* en los considerandos de tantos discursos que, por último, sólo concluyen en caricatura. Nuestra prensa diaria es bien pródiga en «razonamientos» montados sobre la camisa de Isabel de Castilla, sobre la libido de los primeros navegantes y otras estupendeces semejantes; es éste un nivel discursivo muy abundante, revestido con frecuencia de una apariencia desenfadada aunque tenga intención adocrinante; un nivel bastante proclive a la sal gorda y el esperpento no del todo inocuo.

Fuera de este nivel, aparecen algunos autores de diversa procedencia, frecuentemente bien reputados, que gustan de *ofrecer referencias históricas no precisamente intrascendentes sin citar sus fuentes*. Ya se comprende que, por esa vía, cualquiera puede llegar cómodamente a la conclusión más deseada:

«Los europeos cristianos invadieron el continente. Provocaron el mayor genocidio de la historia, reduciendo la población en la proporción de 25 por 1» (Leonardo Boff, en *El País*, 14-IX-91).

Nosotros, que cuantificamos muy malamente la población española anterior a 1850, tenemos necesariamente que poner en solfa tanta precisión sobre el contexto americano en torno a 1500.

Otro tanto podría decirse del uruguayo Mario Benedetti cuando se refiere al «acontecimiento... que, al parecer, costó la vida a 70 millones de aborígenes» y, más adelante, «se estima... que durante la conquista y posterior colonización perdieron la vida unos 70 millones de aborígenes». Es lícito que, ante ello, preguntemos quién, dónde y cómo se estima; es lícito porque éste de la demografía histórica es un reino poblado de inseguridades y disparates. Entre el cálculo de Kroeber —8,5 millones de habitantes en toda la América precolombina— y el de Dobyns —entre 90 y 112 millones—, pueden constatare otras muchas cifras intermedias de varios investigadores —Rivet, Sapper, Rosenblat, Cook, Borah, Simpson...—; y

también puede constatarse la escasa fiabilidad de esos cálculos tan dispares.

El mismo autor desliza un error considerable cuando afirma que la vinculación de Las Casas con el origen de la *leyenda negra* es cosa de hace cuatro días:

«Hoy se acusa a fray Bartolomé de las Casas de haber dado origen a la *leyenda negra* sobre la colonización...» (estas citas en *El País*, 27-II-1992),

por lo que debería ser invitado a repasar la historiografía y la literatura española de los últimos cinco siglos.

El conflicto entre el sueño y la razón, entre el corazón y la cabeza, es tan antiguo como el hombre y, a veces, se salda con la fabricación de monstruos. Véase para ilustrarlo cómo Bartolomé de las Casas era de origen judío, además de homosexual, cómo tuvo relación apasionada con un indio al que, sin duda, en un descuido, perdió la pista y luego «le buscó incansablemente en sus recorridos por las tierras del Nuevo Mundo» y también cómo «el interés arrebatado de Las Casas por la causa indígena pudo nacer de esa experiencia personal...» (F. Savater, *El País*, 7-III-1992). Todo eso y algo más lo dice un conspicuo oráculo de los medios de comunicación actuales; lo dice apoyado en tan sólido argumento como que «A mí me resulta más simpático» —¡ahí lo de la ensoñación!— y albergando la ilusión, tan dudosa, de que ante tales insinuaciones escandalizará a determinadas gentes.

Así que, entre tantas reglas de juego y advertencias al caminante salpicadas por el tropiezo en abundantes citas, suponemos que es llegado el momento de disculparnos ante el lector por todo el ruido que hay más arriba. Esa culpa no es enteramente nuestra sino que viene también del resurgir de una disputa que ya teníamos algo olvidada; que, tan sustraída del campo de la historia, está siendo motivo en este año para el entretenimiento común.

Conclusión

LA *leyenda negra*, es decir, la visión radicalmente crítica y negativa sobre la historia española, ha sido alimentada por escritores extranjeros durante siglos. Esta actitud suscitó, por reacción

dialéctica, otra visión contraria básicamente mantenida por españoles, la *leyenda blanca*.

En los últimos tiempos, ese debate que tanto empobrece al quehacer histórico, había bajado tanto su tono que podía pensarse en su pronta desaparición. No ha sido así porque, con la llegada del V Centenario, la exaltación emotiva que tan pegada va a este tema, ha resurgido con fuerza, aunque ahora sus rasgos distintivos sean muy otros: el núcleo de esa crítica está sostenido, en gran parte, por publicistas españoles; los historiadores apenas se dejan ver en este campo y, por otro lado, la actitud de la *leyenda blanca* se ha convertido en una auténtica rareza.

Esa corriente crítica de tan larga trayectoria está presente en este año formando parte del gran espectáculo.